Joan Genovés

La puñetera vida de un poeta*

Gregorio Morán**

Figura en los libros de literatura como Miguel Hernández. Murió en la cárcel de Alicante a los 31 años, con el pulmón hecho cisco. Es decir, joven, tuberculoso y presidiario, condiciones que la gente consideraba emocionantes para los poetas antes de que este gremio descubriera las becas, los lectorados en el extranjero y las correcciones de pruebas de imprenta. Al morir se quedó con los ojos abiertos y no hubo carcelero ni médico ni compañero que pudiera cerrarlos. Dejaba tras de sí una obra sin ningún poema perfecto -al modo de Juan Ramón o Cernuda- pero con algunos versos cuya fuerza nadie igualó en este siglo. Dejaba también una vida que le había tratado como a un perro, en aquellos tiempos en que los animales no se alimentaban con anuncios de televisión, sino de ansiedad y de sobras.

Artículo publicado en Sabatinas Intempestivas, La Vanguardia -sábado 14 de marzo de 1992- Opinión.
**Gregorio Morán, Escritor.*

Al morir
se quedó con los ojos abiertos
y no hubo carcelero
ni médico ni compañero
que pudiera cerrarlos

La poesía española de la primera mitad de este siglo no tiene sexo. Unamuno llamaba a su mujer "la santa costumbre". Antonio Machado se casó mayor con una niña de Soria que se murió al pronto y luego, ya anciano, se enamoró platónicamente de una señora algo cursi que escribía versos y a la que miraba tiernamente. Basta con leer los diarios recién editados de la sufriente Zenobia Camprubí para entender que Juan Ramón Jiménez no conocía la pasión más que en los libros. García Lorca y Cernuda están envueltos en los recovecos del amor oscuros. Aleixandre es perfectamente gélido. Alberti, como siempre, locuaz pero angélico.

Con Miguel Hernández aparece el sexo en la poesía castellana del siglo XX. Ha nacido en Orihuela, una maravillosa ciudad donde hay 30 iglesias y un símbolo literario que se llama Gabriel Miró. Para qué ser más explícitos. Hasta su segundo viaje a Madrid en 1934 escribirá poesía religiosa o culterana, a la manera de la que él sabe que hacen por la capital, pero por las costuras de sus versos se le cuela una pasión arrebatada de pastor que conoce cabras y gallinas pero no señoras. No es extraño que la primera mujer inteligente con la que se encuentre, la pintora Maruja Mallo, se traduzca en una historia pasional.

Miguel Hernández se enamora, con esa simplicidad y fuerza que está en su carácter, de Josefina Manresa, hija de guardia civil con destino en Orihuela, a la que abruma con versos, cartas y emociones, y con la que no conseguirá casarse hasta que haya estallado la guerra. La boda será en marzo de 1937, con derecho a dos días de ausencia del frente. A los nueve meses justos nacerá el primer hijo, Manuel Ramón. Le dedicará unos versos de exactísimo título, "Hijo de la luz y la sombra". Se le morirá antes de un año, de eso que finamente se denomina "desnutrición" y en la época se llamaba "hambre".

Es el signo de su vida, cada pequeño éxito humano se salda con una derrota personal. Desde pequeño, desde que obtiene las mejores notas en los dos colegios religiosos de su pueblo y en vez de dar un salto, ha de pastorear durante años. Es quizá el único pastor de España que consigue el sublime sarcasmo de emular a Boscán y Garcilaso; lee a Virgilio y Horacio mientras contempla cómo sus cabras triscan entre las ramas. El sueño clásico convertido en realidad; el primer pastor poeta auténtico quizá de la humanidad.

Y así llega a Madrid en 1931, porque ya se ha instaurado la República y está dispuesto a cualquier cosa que le saque de Orihuela, donde tiene muy buenos amigos, encantadoras cabras, pero un futuro sin horizontes. Pasa seis meses y ha de renunciar. Aún no hay sitio para él. Pero lo suyo es la tozudez y vuelve a

la capital en 1934, porque ha publicado un libro -"Perito en lunas"- y porque los católicos avanzados de la revista "Cruz y Raya" le están sacando por entregas un "auto sacramental". Viene para no volver más con la gloria y sentado en ella, casarse con Josefina y escribir y estudiar que es lo único que le interesa. Hay una carta estremecedora que le envía a Juan Ramón Jiménez en 1931: "Odio la pobreza en que he nacido. Por muchas cosas. Particularmente por ser causa del estado inculto en que me hallo".

Lleva alpargatas y no sandalias áticas, no huele a jara ni a tomillo sino a sudor, y no tiene el rostro de un efebo sino cara de tubérculo, como definió felizmente quien habría de ser su mentor, Pablo Neruda. Aunque hoy nadie quiera decirlo, cada vez que se presenta en las reuniones de aquel insigne grupo de poetas que alguien denominó generación del 27, hay dos que huyen despavoridos: Luis Cernuda no puede soportar ni su aspecto ni sus maneras, García Lorca, más simpático siempre, hace lo que puede para que no se interprete como un desaire.

Es quizá el único
pastor de España
que consigue el sublime
sarcasmo de emular
a Boscán y Garcilaso

La influencia de Pablo Neruda le distanciará definitivamente de sus creencias religiosas y de lo que representaba su amigo, el tan bueno como conservador, Ramón Sijé. Todos los que lean esos desmesurados y rotundos versos de su "Elegía a la muerte de Ramón Sijé" nunca entenderán nada mientras no sepan que el drama de Miguel ante el fallecimiento de su íntimo de antaño está en su conciencia del olvido y el desprecio.

La guerra civil es el comienzo de su agonía. Participa activamente en las filas republicanas, como ferviente militante comunista, especialmente tras el viaje a la Unión Soviética en 1937. Escribe la ponencia del grupo de escritores más radicales en el II Congreso Internacional de Valencia. "Creemos estar seguros de que, por fin, no hay ya colisión entre la realidad objetiva y el mundo íntimo". Un sarcasmo para quien arrastra su intimidad como una tortura que le obligaría a una breve estancia en un hospital psiquiátrico. No puede soportar lo que le ocurre a su cabeza, ni lo que siente su estómago, ni lo que amenaza sus pulmones. Tampoco es fácil de encajar la muerte de su hijo aunque pronto tenga otro. Ni el final de aquella contienda fratricida.

"¿Cómo me voy a meter yo en una embajada? Cuando esto termine me iré andando a mi pueblo". Y eso hizo. Luego vino la cárcel, una equivocación que le puso en libertad y que aprovechó para intentar huir de España. Le pillaron en Moura, en el Alentejo portugués, cuando acababa de cruzar andando la frontera. Lo devolvieron a la policía española que hizo inventario de sus pertenencias. Un

billete de 20 escudos, una moneda de 5 y otras cuatro de 10 centavos; el libro de Aleixandre, "La destrucción o el amor", dedicado y un ejemplar de su "auto sacramental". En los interrogatorios confesó que el dinero lo había obtenido de la venta de su reloj; lo que no dijo es que se lo había regalado el bueno de Aleixandre el día de su boda con Josefina.

Le conmutaron la pena de muerte por treinta años de cárcel. Tardaron seis meses en hacerlo y vivió con la angustia hasta el día que le llegó la revisión. "¡Alégrate, Josefina, son veinte años!". Le quitó diez para no disgustarla. Luego vinieron unos antiguos amigos vestidos de personas y le dijeron que si abjuraba públicamente de su pasado comunista la sentencia sería anulada. Se llamaban don José María de Cossío, egregio hombre de letras, autor de una enciclopedia taurina, y don Luis Almarcha, vicario general de la diócesis, que llegaría a obispo de León y procurador en Cortes. Sólo admitió casarse por la Iglesia con Josefina porque el decreto de Franco de abril de 1938 consideraba nulos los matrimonios civiles. No se le oyó decir el "sí" porque ya no podía hablar en voz alta. Moriría dos semanas más tarde, el 28 de marzo de 1942.

Cuentan que Goethe antes de morir pidió "luz, más luz". Miguel Hernández en ese mismo trance, y en la cárcel, fue más concreto y menos ambicioso: "Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío".